

Amarga Valdes

La verdad con sabor a muerte

Alex Akimoto



18+

Alex Akimoto
Amarga Valdes

«Автор»

2026

Akimoto A.

Amarga Valdes / A. Akimoto — «Автор», 2026

Una botella sin etiqueta. Un vino que no se bebe: se recuerda. Isabel Valdés huyó de Andalucía hace treinta años. Pero el vino no olvida. Y la tierra siempre reclama lo que es suyo. Cuando una botella sin nombre llega a su puerta en Mendoza, Isabel sabe que el pasado no ha muerto: ha estado fermentando. Su padre está muriendo. Su madre guarda un silencio más antiguo que la casa. Y bajo las vides hay huesos que esperan ser nombrados. Isabel vuelve a la tierra que la vio nacer. No para pedir perdón. Para entender la fórmula del dolor: la que convierte la sangre en vino, el silencio en herencia, y la verdad en veneno. «Amarga Valdes» es una novela sobre el precio de callar, sobre familias que construyen su fortuna sobre los muertos, sobre un vino que no se bebe —se recuerda. Si buscas una historia ligera, no abras esta botella.

© Akimoto A., 2026

© Автор, 2026

Содержание

Глава	5
PREFACIO	6
PRÓLOGO	7
Capítulo 1. La botella	9
Capítulo 2. El vuelo	11
Capítulo 3. La casa	13
Конец ознакомительного фрагмента.	14

Amarga Valdes

Глава

AMARGA VALDES

PREFACIO

Querido lector,

Este libro nació del silencio.

No del silencio que calma. Del que aplasta. Del que dura décadas, se incrusta en las paredes, brota a través de los cimientos, se convierte en vino que no se puede abrir, pero que no se puede dejar de beber.

No sé qué te trajo aquí. Tal vez buscas respuestas a preguntas que temes hacerte en voz alta. Tal vez tú mismo llevas dentro una botella sin etiqueta. Tal vez simplemente amas las historias que huelen a tierra y a verdad.

«Amarga Valdes» es una novela sobre una familia que calló demasiado tiempo. Sobre una tierra que lo recuerda todo. Sobre un vino que no perdona. Sobre una verdad que no se puede pronunciar —solo se puede beber.

No es un libro para quienes buscan una lectura ligera. Es un libro para quienes están dispuestos a entrar en una casa donde las paredes recuerdan cada susurro. Donde cada trago es un paso hacia el pasado. Donde cada nombre es una muerte.

Pero también es un libro sobre que incluso la verdad más oscura puede convertirse en luz. Que la amargura puede transmutarse en fuerza. Que los huesos bajo las raíces no son un final, sino un comienzo.

No sé quién eres. Pero si has llegado hasta el final —significa que no desviaste la mirada.

Y eso ya es mucho.

Alex Akimoto

PRÓLOGO

La noche en Mendoza no olía a uva.

Olía a lo que yace más profundo que las raíces: tierra húmeda y pesada, y hierro viejo. Los huesos hacía tiempo que se habían descompuesto, convertidos en minerales, pero la vid lo recordaba todo. Extraía los jugos de aquello que había sido enterrado treinta años atrás y que nunca debió ser encontrado.

Isabel estaba sentada sola en la bodega.

La vela sobre la mesa temblaba con la corriente de aire que se deslizaba con dedos helados desde debajo de las losas de piedra. La llama se estiraba en un hilo azul o se hundía, derramando gotas de cera caliente sobre el roble de la mesa. La cera se endurecía en lágrimas blancas, superponiéndose una sobre otra —como los años de silencio.

Isabel no veía los huesos bajo sus pies. Pero los sentía. La vibración de baja frecuencia de una muerte ajena, atascada allí durante tres décadas. Sentía esa vibración en la columna vertebral —en ese lugar entre los omóplatos donde la piel siempre está más fría que el resto del cuerpo.

Sobre la mesa había una botella sin etiqueta.

La habían entregado hoy. Por mensajería DHL. En una caja de cartón envuelta en tres capas de cinta adhesiva. Sin carta. Sin nota. Solo un paño negro y engrasado que envolvía el vidrio con tanta firmeza como si se hubiera usado para limpiar cañones antes de un disparo.

Cuando Isabel desenvolvió el paquete, sus dedos sintieron bajo la tela algo más que simple vidrio. La botella pulsaba. Apenas perceptible. Como un corazón dormido.

Pasó la yema de los dedos por la superficie. El vidrio oscuro, casi opaco, parecía muerto y pesado —absorbía la luz de la vela sin devolver nada. El frío penetró a través de las yemas, subió por las articulaciones hasta las muñecas. Isabel no podía apartar la mano.

A través del viejo corcho se filtraba un olor. Débil. Apenas perceptible. Casi ingrátido.

Pero las fosas nasales se dilataron en un espasmo antes de que el cerebro pudiera dar la orden. La garganta se contrajo por reflejo. En la lengua apareció un sabor a hierro —tan agudo como si se hubiera mordido la mejilla por dentro hasta sangrar.

Tomó el sacacorchos.

La mano temblaba —no de miedo, de tensión. Los dedos parecían ajenos, entumecidos por el frío argentino. Lo enroscó lentamente, con un esfuerzo físico —como si abriera la puerta de un cementerio sellada con un cerrojo durante una eternidad. El metal chirrió al penetrar la madera densa del corcho. El sonido era húmedo, chasqueante. Como el desgarrar de un tejido vivo.

El corcho salió sin sonido. Ni chasquido. Ni silbido. Solo ausencia.

Como la respiración contenida del mundo que finalmente se liberaba.

Del cuello de la botella no salió olor a vino. De allí brotó un aire —seco como el bochorno andaluz, y helado al mismo tiempo. Olor a granito mojado, a sangre vieja y a algo dulcemente podrido. Como una uva pasificada que había comenzado a descomponerse, pero no del todo.

Isabel sirvió el vino en la copa.

El líquido era negro. Espeso. Aceitoso. No resbalaba por las paredes del cristal —se deslizaba. Pesadamente. Con desgana. Como obsidiana fundida.

La luz de la vela moría en su interior.

Isabel acercó el borde frío a sus labios. El vidrio quemó su piel —no con calor, con ausencia de calor. El cero absoluto.

Cerró los ojos.

—Por tu salud, papá.

Y bebió.

El trago recorrió el esófago y quemó con frío —no con el fuego del alcohol, sino con el hielo seco de la verdad absoluta que no conoce compasión. El vino se extendió por la lengua, dejando rastros. Primero hierro y sal. Luego almendra amarga. Luego algo dulce, casi empalagoso —como la almendra en flor en abril, cuando Andalucía estalla en blanco.

Y entonces —el silencio. Interior. Profundo. Como caer a un pozo.

El mundo no cambió de inmediato.

Primero llegó la vibración en los dientes. Luego —la ceguera. Isabel cerró los ojos y no vio el pasado.

Vio el futuro.

Andalucía. Tierra blanca y calcinada, agrietada por el calor. Sol amarillo que quemaba la retina. Racimos rojos, henchidos de vida espesa.

Estaba sola entre las hileras. Sin Emilia. Sin Rafael. Sin Tomás. El calor secaba su piel hasta convertirla en pergamino. Pero en la espalda, exactamente entre los omóplatos, latía un punto helado. Allí donde, dentro de un año, entraría un cuchillo.

Lo sabía.

El punto pulsaba al ritmo de su corazón. Frío como aquella botella en Mendoza. Sin dolor. Sin miedo. Solo el reconocimiento absoluto de lo inevitable.

Isabel abrió los ojos.

Los dedos se abrieron solos, perdiendo sensibilidad. La copa se escapó de su mano debilitada, golpeó pesadamente el roble de la mesa, rodó sobre la madera pulida y se detuvo al borde —milagrosamente intacta.

El vino se derramó, dejando sobre el roble una mancha negra y aceitosa.

Miró esa mancha durante mucho tiempo. No se absorbía. Yacía en la superficie. Como una pupila que la miraba de vuelta.

Isabel enderezó la copa. No lloró. No gritó.

Las lágrimas y los gritos eran para quienes pueden permitirse el lujo de la debilidad.

Solo se quedó sentada en la bodega, mirando la vela que se consumía y la botella vacía, mientras la noche de Mendoza entraba por la puerta abierta del sótano —con su aliento húmedo y pesado.

El aire olía ahora de otra manera. A tierra. A tierra negra. A esa que recordaba.

El futuro no se puede cambiar.

Pero se puede aplazar.

Como hace el vino: paciente, silencioso, esperando en la oscuridad hasta que llegue aquel que beba, vea y no desvíe la mirada.

Isabel no sabía quién era ahora.

Pero sabía con certeza: no había desviado la mirada.

Continuará...

AMARGA VALDES

Capítulo 1. La botella

La noche en Mendoza no olía a uva. Olía a lo que yace más profundo que las raíces: tierra húmeda y pesada, y hierro viejo. Los huesos hacía tiempo que se habían descompuesto, convertidos en minerales, pero la vid lo recordaba todo. Extraía los jugos de aquello que había sido enterrado treinta años atrás y que nunca debió ser encontrado.

Isabel estaba sentada sola en la bodega. La vela sobre la mesa temblaba con la corriente de aire que se deslizaba con dedos helados desde debajo de las losas de piedra; la llama se estiraba en un hilo azul o se hundía, derramando gotas de cera caliente. Isabel no veía los huesos bajo sus pies, pero los sentía con las suelas de sus botas: una vibración de baja frecuencia, la muerte ajena atascada allí durante tres décadas.

Sobre la mesa había una botella sin etiqueta. La habían entregado hoy por mensajería DHL: sin carta, solo un paño negro y engrasado que envolvía el vidrio con tanta firmeza como si se hubiera usado para limpiar cañones antes de un disparo. Isabel desenvolvió el paquete. El vidrio oscuro, casi opaco, parecía muerto y pesado; absorbía la luz de la vela sin devolver nada.

A través del viejo corcho se filtraba un olor —débil, apenas perceptible— pero las fosas nasales se dilataron en un espasmo antes de que el cerebro pudiera dar la orden. La garganta se contrajo por reflejo. En la lengua apareció un sabor a hierro, tan agudo como si se hubiera mordido la mejilla por dentro hasta sangrar.

Tomó el sacacorchos. Los dedos parecían ajenos, entumecidos por el frío argentino; las articulaciones dolían con un dolor sordo. Lo enroscó lentamente, con un esfuerzo físico, como si abriera la puerta de un cementerio que había estado sellada durante una eternidad. El metal chirrió al penetrar la madera densa del corcho. El corcho salió sin sonido —como la respiración contenida del mundo que finalmente se liberaba.

El vino en la copa era negro, espeso, aceitoso; devoraba los fotones de luz, convirtiendo el cristal en un recipiente de vacío líquido. Isabel acercó el borde frío a sus labios.

—Por tu salud, papá.

Y bebió.

El mundo no cambió de inmediato. El trago recorrió el esófago y quemó con frío —no con el fuego del alcohol, sino con el hielo seco de la verdad absoluta que no conoce compasión. Isabel cerró los ojos y no vio el pasado. Vio el futuro.

Andalucía. Tierra blanca y calcinada, agrietada por el calor; sol amarillo que quemaba la retina; racimos rojos, henchidos de vida espesa. Estaba sola entre las hileras. Sin Emilia, sin Rafael, sin Tomás. El calor secaba su piel hasta convertirla en pergamino, pero en la espalda, exactamente entre los omóplatos, latía un punto helado —allí donde, dentro de un año, entraría un cuchillo. Ni dolor ni miedo. Solo el reconocimiento absoluto de lo inevitable.

Los dedos se abrieron solos, perdiendo sensibilidad. El cristal se escapó de su mano, golpeó pesadamente la madera de roble, rodó y se detuvo al borde, milagrosamente intacto. Lo enderezó. No lloró. No gritó. Solo se quedó sentada en la bodega, mirando la vela que se consumía y la botella vacía, mientras la noche de Mendoza entraba por la puerta abierta del sótano.

El futuro no se puede cambiar. Pero se puede aplazar. Como hace el vino: paciente, silencioso, esperando en la oscuridad hasta que llegue aquel que beba, vea y no desvíe la mirada.

Isabel sacó el teléfono. El plástico de la carcasa estaba pegajoso por el polvo de la bodega. Marcó el número que sabía de memoria, pero que no había tocado en treinta años. Los tonos se alargaban como el silencio entre los golpes de la podadera sobre la madera viva.

—Isabel.

No era una pregunta. Era una afirmación. La voz de Carmen sonaba como si se hubieran despedido ayer.

—Ven —dijo Carmen, sin emoción, como quien constata un hecho en una autopsia—. Tu padre se está muriendo. El vino no lo espera a él. Te espera a ti. Desde el día que te fuiste. Desde el día que callé. Treinta años. Te ha estado esperando.

Isabel guardó silencio durante mucho tiempo, mirando la oscuridad de la bodega, donde las sombras de la vela bailaban en las bóvedas como muertos danzantes. No sentía miedo. El miedo lo había sentido durante los últimos treinta años en Buenos Aires.

—Voy.

Colgó. La noche, los viñedos de Mendoza, la silueta de los Andes en el horizonte. La luna colgaba baja, pesada, preñada de lluvia.

Vuelvo, pensó. No a casa. Casa no es un lugar. Casa son las personas que respiran, beben, recuerdan y sueltan al mismo tiempo.

Hasta esta noche. Hasta este vino. Hasta este trago que la había traído hasta aquí, al silencio que no resultó ser vacío, sino el verdadero hogar.

Capítulo 2. El vuelo

El avión atravesaba el cuerpo nocturno del Atlántico. Abajo, bajo el ala, se abría un abismo: no el océano, sino la memoria sin fondo. La verdad sin fin. El silencio de la madre, que había durado treinta años, pulsaba en esa oscuridad como una masa densa y tangible, como un coágulo de sangre atascado en una arteria del mundo.

Emilia dormía entre sueños en el asiento contiguo de primera clase. El cable de los auriculares serpenteaba sobre el cachemir negro de su jersey —tan negro como el cabello de Isabel, revuelto sobre el reposacabezas. Emilia tenía los ojos de su padre. El verde hielo de un hombre al que nunca había visto. A quien Isabel nunca había nombrado en voz alta, ni siquiera en un susurro. Él era una sombra. Una ausencia densa a sus espaldas. Treinta años esperando. Paciente. Silencioso. Esperando a quien se girara. Y viera. Y no desviara la mirada.

—Mamá —la voz de Emilia atravesó el zumbido monótono de las turbinas. Se quitó un auricular, saliendo de su lista de reproducción para caer en la realidad—. ¿Por qué lloras?

Isabel se tocó la mejilla con la punta de los dedos. La piel estaba húmeda y fría, a pesar del calor seco de la ventilación. No eran lágrimas. La sal en el rostro aparecía de otra manera: cuando vuelves a donde huiste, sabiendo que los puentes están quemados. Cuando comprendes: la mujer que compró un billete a Madrid hace treinta años murió sobre el océano hace una hora. Aquí aterriza otra. La que bebió de la botella. La que vio el cuchillo. La que no desvió la mirada.

—No lloro —dijo Isabel. La voz se le quebró, se deshizo en tierra andaluza seca, agrietada por el calor—. Recuerdo con la piel. Son cosas distintas.

Emilia la miró como se mira el cristal antes de lanzarlo: calculando el grosor, el punto de impacto y la inevitabilidad de los fragmentos. Veinticinco años bastan para aprender a leer la micromotricidad del rostro materno mejor que la tabla de multiplicar. Bastan para saber: la madre no está llorando el pasado. La madre está llorando el futuro, superpuesto sobre el pasado como una capa transparente de cianuro.

Como el vino. Que guarda el jugo de la uva pisada y predice el sabor de la bodega. En un solo trago. En una sola gota que resbala por la pared de la copa.

—¿A dónde volamos? —preguntó Emilia, volviendo a colocarse el auricular. Su voz se volvió sorda, algodónosa, aislada del mundo.

—A casa —exhaló Isabel.

La palabra cayó en su lengua como un trozo de metal oxidado, extraño y amargo. La lengua había olvidado ese sabor, pero la sangre lo recordaba. Un trago de vino quema la garganta décadas después, no porque el alcohol sea fuerte. Sino porque la verdad no se exhala. En la familia Valdés nada se desvanece.

El avión avanzaba a través de la noche. Isabel miraba por la ventanilla de plástico cubierta de escarcha, pero en lugar de nubes veía Andalucía. Tierra blanca calcinada. Sol amarillo capaz de hervir mercurio. Racimos rojos, hinchidos de vida espesa. La casa en la colina esperaba. No al padre. No a Tomás. El vino esperaba. Paciente. Silencioso. Hasta que llegara quien pudiera sostener ese silencio sin derramarlo.

La cabeza de Emilia se deslizó sobre el hombro de Isabel. Su respiración se volvió profunda, infantil, regular. Así respiran quienes aún no han visto el fondo de su propia sangre. Es correcto. Un niño no debe ver la forma del cuchillo antes de tomarlo en sus manos. Hasta que llegue el momento. Hasta que llegue el primer trago consciente que vincule la vista con la columna vertebral para siempre.

Isabel decidió. No se lo diría. Ni hoy. Ni mañana. Quizá nunca. Porque la verdad es un concentrado. Se bebe gota a gota. Beber toda la botella de un trago es quemarse vivo por dentro. Isabel no quería enterrar a su hija. No después de lo que había visto en su copa. En esa oscuridad negra y espesa que ahora vivía bajo sus costillas. Y que no pensaba irse a ninguna parte.

El avión volaba. Sobre el agua. Sobre la vida. Sobre la muerte que no los esperaba al final del camino. Estaba sentada justo aquí. En el primer aliento de Emilia cuando nació. En ese mismo instante en que una persona hace la primera inhalación y aún no sabe que acaba de firmar un contrato de arrendamiento de un cuerpo dentro del cual siempre fermenta la añoranza ajena y antigua.

Hasta este día. Hasta este vuelo. Hasta esta decisión de callar.

Capítulo 3. La casa

La casa de los Valdés estaba en la cima de una colina. Caliza blanca, blanqueada por el sol hasta el estado de hueso. Hasta el estado de sal. Hasta el estado de ceniza que queda cuando el fuego devora todo lo superfluo, dejando solo la esencia. Los viñedos descendían hacia el río Sanzón en terrazas irregulares, como cicatrices en el cuerpo de la tierra. Los olivos vigilaban los límites de la finca, demasiado juntos, enredando sus raíces en una red subterránea. No dormían. No envejecían. No perdonaban errores. Solo estaban. Eternamente. Como todo en Andalucía. Hasta que se abren las puertas.

El taxi tosió con el silenciador y se apagó. El asfalto derretía las suelas de los zapatos incluso a través del cuero grueso. El cielo golpeaba los ojos con un azul penetrante, quirúrgico. El mismo azul se guardaba en los iris de Carmen. La memoria del color es absoluta. En la familia Valdés no hay daltonismo.

La tierra recuerda los pasos de cada uno que ha pisado sobre ella. La sangre recuerda la culpa. El vino recuerda cada lágrima que cayó en la cuba. Quien regresa tras treinta años trae toda esa memoria de vuelta en sus pulmones.

Emilia salió a su lado. Aspiró por las fosas nasales el aire mezclado con polvo de la carretera, hierbas silvestres y algo dulcemente podrido.

—Hermoso —dijo.

Hermoso. Palabra de turista. Palabra de transeúnte con guía turístico.

Isabel sintió en la boca el sabor a polvo, almendra y ozono. No veía con los ojos —veía con la retina de su propio miedo. La casa no era hermosa. La casa era una herida abierta que habían obligado a cicatrizar con costra de sangre seca. Familiar como una vieja cicatriz. Como la voz de un muerto en el teléfono. Como un trago de vino que te recuerda: intentaste fingir que no tenías piel. Pero la piel sigue ahí. Y lo siente todo. Siempre.

El portón se estremeció. Las bisagras no chirriaron —gimieron. Graves. Uterinas. Como todo en la casa de los Valdés. El tiempo aquí no se movía por las agujas del reloj, sino por el nivel de azúcar en las uvas. Ni antes. Ni después. Ahora. En el segundo en que los tacones de Isabel tocaron el gravilla polvoriento del patio. Cuando el sol llegó al cenit y dejó de moverse, colgando como un agujero blanco sobre las tejas. Cuando la uva se llenó de plomo.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.